

Dean Koontz

# Después de la muerte

Traducido del inglés  
por Inmaculada C. Pérez Parra

ALIANZA EDITORIAL

Título original: *After Death*

Diseño de cubierta: Elsa Suárez Girard / [www.elsasuares.com](http://www.elsasuares.com)

Fotografía de cubierta: © David Wall / Arcangel Images

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.



Text Copyright © 2023 The Koontz Living Trust. All Rights Reserved.

© de la traducción: Inmaculada Pérez Parra, 2024

© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2024

Calle Valentín Beato, 21

28037 Madrid

[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)

ISBN: 978-84-1148-786-3

Depósito legal: M. 15.856-2024

Printed in Spain

---

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE  
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

[alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

---

*A David y Robin Gaulke,  
con admiración y afecto*



*Manteneos, pues, firmes y no os sujetéis  
de nuevo al yugo de la servidumbre*

PABLO DE TARSO



Uno: Michael en movimiento





## UN TRABAJITO NOCTURNO

Las estrellas se han extinguido y la luna ahogada flota por debajo de la superficie de un lago translúcido de nubes.

Las ratas crían en las copas de las palmeras datileras, intrusas atormentadas por las pulgas que casi no salen de sus altos nidos y rara vez son vistas en esta ilustre comunidad, donde los maestros del arte y de la industria viven reclusos en fincas vigiladas, negadas a las alimañas.

A las tres y diez de la madrugada, mientras Michael Mace atraviesa a paso ligero el elegante barrio residencial, una rata rechoncha de larga cola se queda petrificada en mitad de su descenso por el tronco de una palmera, los ojos como aceite derramado, cubiertos por el reflejo amarillento de la luz de la farola. Michael no es una amenaza para la criatura, aunque ella decida lo contrario y se retire veloz hacia la cascada de hojas de palma desde la que se había aventurado.

A menos de dieciséis kilómetros al sur, las calles, que en otro tiempo eran igual de majestuosas que esta, ahora son tan peligrosas para las ratas como para los hombres. No se puede transitar por algunas zonas de las sucias aceras y los parques están obstaculizados por los campamentos destaralados de los drogadictos y los enfermos mentales que le dan una fama inmerecida a ese menor número de personas sobrias, cuerdas y realmente sin hogar cuyas necesidades ignoran las autoridades. Los distritos más alejados están repletos de gatos salvajes que saben dónde encontrar roedores, cucarachas y otras delicias en abundancia.

Por otro lado, esta comunidad adinerada no tolera semejantes bacanales lúgubres. En los últimos tiempos, el ayuntamiento ha incorporado agentes al departamento de policía para responder al brusco aumento de los delitos, que se desbordan hasta cruzar los límites de las jurisdicciones adyacentes, en las que los que pertenecen a la clase gobernante se precian de su propia tolerancia y de su progresismo.

Un Dodge Charger, el coche elegido por la policía de esta ciudad, dobla la esquina a media manzana de distancia. Las sombras se expanden y se mueven trazando arcos para luego contraerse cuando las farolas barren la avenida por la que antes el tráfico era frecuente a cualquier hora; ahora los carriles están desiertos. Las aceras alojan a un solo peatón.

Iluminado, Michael ni busca el refugio de la sombra ni interrumpe su paso. Tiene ante sí una tarea urgente, una tarea que quizá siga siendo urgente durante toda su estancia en la Tierra.

Pasada la medianoche, es inevitable que un hombre a pie, solo, se convierta en objeto de interés para los cuerpos de seguridad de una ciudad tan encostrada de riqueza como esta. No obstante, la sirena del techo del coche patrulla permanece apagada. El vehículo gana velocidad conforme se va acercando a Michael.

Quizá el hombre que va al volante esté distraído y somnoliento porque le falta poco para terminar su turno. O quizá haya recibido una llamada para asistir de inmediato a un compañero. A la luz del terminal del ordenador del coche y de la impresora portátil térmica, cuando el coche patrulla pasa como un rayo, el conductor parece una aparición, menos hecho que forma, la cara como un óvalo pálido, espectral y sin rasgos.

Dos manzanas más adelante, Michael llega a un distrito comercial. Se alza el ruido del motor de los camiones y de otros vehículos que no se ven y que se reflejan de forma perversa a través de las hileras de los altos edificios, de manera

que parecen provenir de una misteriosa maquinaria salida de las profundidades subterráneas.

En este lado no han encendido las farolas. La ciudad obtiene la energía de una compañía eléctrica regional que, en esta época de desabastecimiento, ha restringido el uso, por un lado, a base de sanciones y, por otro, elevando los precios. En aras de suprimir los hurtos en las casas y los robos con allanamiento, la iluminación exterior queda reservada en gran medida a los barrios residenciales. En estas señoriales calles llenas de restaurantes y tiendas de alta gama que ofrecen productos de lujo, los establecimientos que en otro tiempo resplandecían desde que se ponía el sol hasta que amanecía ahora se quedan a oscuras después de la hora de cierre.

La plaga de robos con alunizaje se ha remediado en gran parte gracias a la instalación de escaparates y puertas de cristal antibalas, reforzadas con persianas ocultas de acero inoxidable que se cierran de golpe con fuerza neumática si el cristal empieza a ceder ante un ataque. Las persianas son capaces de detener hasta los vehículos que usan a modo de ariete. Cuando los clientes potenciales están todavía en la acera, se los escanea en busca de armas —pistolas, cuchillos, martillos, lo que sea—antes de que se acerquen a las puertas, que se bloquean de manera automática si se detecta alguna amenaza. Los estimados compradores habituales y los clientes no son conscientes de que se los identifica mediante programas de reconocimiento facial y que por eso los dejan entrar, librándose de la humillación de tener que dar explicaciones en caso de llevar armas de fuego para defensa propia. Gracias a estas precauciones, las tiendas con las mercancías más caras pueden sostener las apariencias del *glamour* atemporal y del privilegio sin riesgos.

En un callejón pavimentado con unas baldosas de limpieza sorprendente están las entradas traseras y los muelles de recepción de mercancías, que son tan seguras como una

puerta de entrada a un búnker lleno de municiones y tienen esa presencia de sencilla elegancia que rara vez se encuentra en las calles laterales de los distritos comerciales. Hasta los contenedores están en buen estado, recién pintados y discretos.

En la penumbra, que poco alivia la luna velada, prefiriendo la luz, pero adaptándose bien a la oscuridad, Michael avanza hacia un edificio de ladrillo de cinco plantas situado a su derecha, con una puerta grande y una puerta de garaje de doble anchura pintada de color negro mate, sin número de calle ni nombre comercial.

Michael tiene que desbloquear una cerradura electrónica y sortear la videovigilancia del sistema de seguridad para entrar en un vestíbulo poco iluminado y cerrar la puerta sin hacer ruido. Le resulta tan nueva esta vida y los recursos de que dispone que se sigue asombrando a sí mismo.

El propietario del edificio es el bufete de abogados Woodbine, Kravitz, Benedetto & Spackman, que ocupa las cinco plantas superiores completas y tiene sesenta y un empleados. A la izquierda de Michael hay una puerta que conduce al aparcamiento subterráneo de dos plantas.

Michael empuja una puerta batiente que tiene directamente enfrente y sigue por un pasillo de la planta baja, dejando atrás las salas de archivos y los despachos de algunos miembros del personal de apoyo jurídico. Al final del pasillo vuelve a cruzar otra puerta batiente más.

La riqueza y el poder del bufete se dejan ver en la enormidad cavernosa de espacio improductivo consagrado al vestíbulo, que a esas horas tardías solo desvela una luz suave e indirecta. Suelos de granito negro. Revestimiento en tono miel de madera de mukali cortada por hilos encontrados. Un techo abovedado y festoneado con pan de oro blanco. Millones de dólares en enormes e impresionantes —y en opinión de Michael, aburridos— cuadros de Jackson Pollock que presentan marañas de color sin sentido y distraen de la

lustrosa elegancia del revestimiento de madera tratado con un barniz de acabado piano.

Hay dos ascensores con puertas de acero de discreto diseño *art déco*. Por motivos de seguridad, solo se puede acceder a ellos si se introducen cinco dígitos en un teclado. Todas las personas que trabajan aquí tienen un código de acceso único. Durante el horario de oficina, uno de los dos recepcionistas escolta a los clientes y a los visitantes hasta los ascensores. Aunque no tiene código, Michael lo puede obtener de cualquiera que trabaje allí y utilizar un ascensor si lo desea, pero, aunque el sistema neumático de raíles fuera silencioso, el sonido pondría sobre aviso a las personas que va a visitar.

En caso de incendio, es necesaria una escalera de emergencia. Viene una detallada en los planos que están en el archivo del departamento municipal de urbanismo y a los que a Michael le ha sido fácil acceder. Los escalones están disimulados detrás del revestimiento de madera donde cuelga una obra grande de Pollock en formato vertical que representa y celebra, de manera convincente, el caos mental del alcoholismo extremo. Con el pestillo a presión que hay oculto en el marco de la pintura, Michael desbloquea la cerradura y una puerta secreta se abre de golpe.

Las escaleras en zigzag son de hormigón, no de metal, y las huellas están acolchadas con caucho acanalado para minimizar el riesgo de una querrela por caída en caso de que alguien se resbale. Los apliques de la pared con luces LED, colocados a intervalos regulares, funcionan las veinticuatro horas del día, siete días a la semana.

En el descansillo de la quinta planta, Michael se queda escuchando su propio aliento, inhalando y exhalando, un sonido tan suave que lo que oye bien podría ser interno, el rítmico ondearse y aplacarse de sus pulmones. Para un observador externo, su calma podría sugerir que es un cadáver puesto en pie, aunque Michael no esté muerto.

En este lado, la puerta no está oculta y la cerradura electrónica se abre mediante un simple picaporte. Michael entra en una habitación revestida de madera de mukali. El suelo, en lugar de baldosas más baratas, es aquí de cuarcita blanca reluciente, cortada en losas de dos metros por uno. El mostrador de recepción es una maravilla de acero cepillado formando curvas, como si estuviera derretido y se desparramara, con una tapa de cuarcita de color celadón. Hay dispuestos ocho confortables sillones para acomodar a los visitantes, a quienes se hará esperar el tiempo suficiente como para dejarles bien claro que son menos importantes que el hombre cuya asesoría legal han venido buscando.

En este momento, la iluminación proviene tan solo de un par de apliques de alabastro que flanquean la puerta que hay al otro lado de la habitación.

A la izquierda, a continuación de una pared de vidrio en la que hay grabado un paisaje urbano, una sala de conferencias espera en la penumbra: veinte sillones vacíos alrededor de una larga mesa. A la derecha, las ventanas dan a calles pobres en luz y ricas en amenazas.

Michael rodea el mostrador y se dirige a la puerta disimulada que da a la oficina de Carter Woodbine, fundador de Woodbine, Kravitz, Benedetto & Spackman.

Por lo general, Woodbine programa sus citas solamente entre las diez de la mañana y las cuatro de la tarde. En esta ocasión, sin embargo, no va a encontrarse con clientes ordinarios, y hasta el hombre más influyente es capaz de levantarse antes del amanecer si el asunto que requiere su atención le resulta lo suficientemente provechoso.

Al igual que los espacios públicos del edificio, la oficina de Woodbine se presenta bajo el riguroso y meticuloso emparejamiento de dramatismo exagerado y buen gusto. El escritorio, de gran tamaño, es un Ruhlmann de alrededor de 1932. La lámpara que hay sobre la mesa no proviene de Office Depot, sino que lleva iluminando desde los tiempos

de los antiguos estudios de Louis Comfort Tiffany; su motivo de libélulas, realizado en gran parte en vidrio dorado con insectos de un azul vívido, la convierte en un raro ejemplar y es indudable que a Woodbine le resulta atractivo porque sugiere misterio y poder, las dos capas con las que se ha sabido envolver a lo largo de su carrera.

Aunque el abogado es el dueño de una residencia de mil cuatrocientos metros cuadrados en una finca de casi una hectárea situada a media hora en coche de la oficina, mantiene también un apartamento aquí, en la quinta planta. Además de sala de estar, comedor, cocina profesional, un dormitorio, un baño y gimnasio, hay en ella una sala secreta capaz de soportar cualquier ataque. Su tercera mujer, Vanessa, de cuarenta años, veintidós menos que Woodbine, vive con él en la mansión, pero no tiene acceso a este otro apartamento, que ella supone —o finge suponer— que es de tamaño modesto y que su marido utiliza exclusivamente cuando está tan desbordado por las exigencias de la ley que no tiene tiempo siquiera para realizar ese corto trayecto hasta casa. Esto le permite a Woodbine tener una vida paralela de discreto, pero intenso, desenfreno que no se corresponde con su imagen pública.

La entrada al apartamento queda oculta por el revestimiento de la oficina, detrás de un cuadro cubista enorme y de una pretenciosidad insoportable que puede que sea de Picasso o de Braque, o puede que sea de algún barbero que les cortaba el pelo. La cerradura responde a la señal que una llave electrónica manda cuando se la acerca a un triángulo azul del cuadro; un lector de código detrás del lienzo confirma la señal y permite el paso.

Michael no tiene llave ni la necesita para desbloquear el lector de código. La puerta se abre y él penetra en un pequeño vestíbulo, avanzando desde allí hasta la sala de estar.

El sistema de seguridad del apartamento rastrea a todos los ocupantes por su huella térmica y los localiza en un

plano de la planta que se muestra en una gran pantalla en la sala secreta. Así, durante una crisis, refugiado detrás del acero laminado y el hormigón, Woodbine podría permanecer al tanto de dónde encontrar a cada uno de los intrusos y de esa manera coordinarse por teléfono con las fuerzas especiales de la policía para facilitarles la labor, localizar a los culpables y asegurar las instalaciones.

Ahora Michael aparece representado por una señal roja que parpadea en la pantalla de la sala, donde en ese momento no hay nadie para verlo. También hay otras tres señales parpadeando.

Aunque Michael preferiría ser un hombre normal y corriente, es alguien único desde cualquier punto de vista, y su regreso a una vida normal y corriente es imposible. Sigue avanzando.

Los tres hombres están reunidos en la isla de la cocina, sobre la que hay apilados paquetes de billetes de cien dólares. El grosor de los paquetes sugiere que cada uno contiene diez mil dólares. Juntas, las pilas ordenadas deben ascender al menos a tres o cuatro millones. Alto y bien parecido, con el pelo blanco, Carter Woodbine viste una bata de seda azul noche sobre un pijama a juego. Sus socios, Rudy Santana y Delman Harris, que acaban de llegar de la calle, han vaciado el efectivo que llevaban en sus bolsas de deporte.

Están convencidos de que es imposible violar el sistema de seguridad del edificio sin que se dispare alguna alarma, igual que están seguros de que nadie más sabe de esta reunión.

Cuando Michael entra en la habitación, el asombro de los tres hombres es tan grande que les impide reaccionar de inmediato. Vuelven las cabezas en perfecta sincronía, con una expresión tan espantada como si hubiesen asesinado a Michael y hubiera regresado de la tumba, aunque, de hecho, para ellos sea un completo desconocido.

Harris es el primero en lograr liberarse del momento hipnótico. Saca una pistola Heckler & Koch 45 de una sobaquera



que lleva bajo la americana de cuero gris. Rudy Santana lleva abierto un chaquetón vaquero negro que le llega a medio muslo y saca una pistola de la cartuchera que lleva en la cadera.

Como Michael no lleva armas en las manos y entra sonriendo, en apariencia tan seguro de sí mismo como si no estuviera en sus cabales, los matones se quedan indecisos —con la mirada feroz y los labios apretados—, aunque desconcertados al mismo tiempo, y se preguntan si acaso desenfundar las armas no ha resultado una estupidez.

—Vengo desarmado y solo. Preferiría no tener que hacerle daño a nadie. Lo único que necesito es el dinero. Dadme medio millón y os podéis quedar con el resto —dice Michael.



## UNA CONVERSACIÓN EN LA COCINA

Si la definición de asesinato requiere que el acusado haya apretado el gatillo, clavado el cuchillo o blandido el machete, entonces de los tres hombres reunidos alrededor de la isla de la cocina, Rudy Santana es, con creces, el perpetrador de homicidios más prodigioso de los tres. Si el significado de asesinato se amplía para que incluya a cualquiera que financie actividades ilegales que por su naturaleza combinen rivalidades comerciales y violencia letal, entonces los laureles serían para Carter Woodbine. Durante treinta años, el abogado ha aportado el capital inicial para nuevas bandas recién escindidas de otras tradicionales organizaciones criminales y ha utilizado su influencia política para evitarle a sus socios visitas de la fiscalía. Ejerce presión política para mantener abierta la frontera sur de Estados Unidos, de modo que se facilite el transporte de estupefacientes y el tráfico de personas, lo que le asegura un suministro constante de mujeres jóvenes forzadas a trabajar en burdeles para pagar sus deudas y también de adorables niños para los hombres que deseen poseerlos.

Incluso con todas las fuentes de información de las que dispone Michael, no es capaz de atribuir un número exacto de asesinatos a cada hombre. Además, la cuenta no deja de aumentar sin cesar: por meses en el caso de Santana, por semanas para Woodbine.

Los logros de Delman Harris son más fáciles de calcular. Michael está bastante seguro de que el señor Harris ha cometido entre siete y diez asesinatos, apenas una fracción de

las muertes que se les pueden imputar tanto a Woodbine como a Santana. Quizá el insignificante reguero de cadáveres que Harris ha ido dejando a su paso lo avergüence, quizá lo haga sentirse inferior a los otros dos hombres; eso explicaría por qué es él, y no Santana, quien no solo saca su pistola, sino que apunta con ella a Michael de manera temeraria, con el brazo rígido y el dedo en el gatillo, y le pregunta:

—¿Tú quién coño eres?

—No soy nadie.

—Alguien serás —discrepa Woodbine, con calma.

—No soy poli —les asegura Michael.

—No parece ser colega de nadie —dice Santana.

—Mierda —dice Harris—, parece un puto.

—Un maricón —concuerta Santana.

—Has entrado sin más —dice Woodbine.

Michael se encoge de hombros.

—Deberías ponerle una reclamación a tu empresa de seguridad.

—Este cabrón no va a salir, así sin más —promete Harris. Santana parece perplejo.

—¿Qué dices? ¿Empresa de seguridad?

—Vale ya. Dejaos de mierdas —les dice Woodbine, recurriendo a su lengua más vernácula—. Rudy, averigua si es verdad que ha venido solo.

Rudy Santana fulmina a Michael con la mirada. Está furioso, pero aun así consigue contenerse. Sale de la cocina, a la caza.

Harris está nervioso. Quiere que Michael se fije en el cañón de su pistola y es en eso en lo que piensa. La mano del arma se le crispa un poco. Su respiración es demasiado rápida y superficial.

Woodbine mantiene la calma, no está fingiendo. Está allí parado, con las manos metidas en los bolsillos de la bata, estudiando a su inesperado huésped. No parece preocupado. Como nunca le ha pasado nada verdaderamente malo,

da por sentado que no le va a pasar. Esta nueva versión de la realidad, fruto de la mayor concentración de poder de la historia, se está convirtiendo en un mundo que engendra narcisistas con unos delirios de inmortalidad como el género humano no ha visto nunca y a los que es probable que no logre sobrevivir.

La ausencia de Santana pone nervioso a Harris, como si pensara que su compañero no fuera a volver.

—Menudo imbécil... ¡mira que entrar aquí y soltarnos que le apartemos medio millón! ¿Cuánta nieve te has esnifado?

—Espérate a que vuelva Rudy —le dice Woodbine.

Pasan tres minutos en silencio. Santana regresa.

—Todo bien. El apartamento y la oficina están despejados. Los ascensores, cerrados. Si este malnacido hubiese venido con alguien más no estarían pasando el rato abajo esperando a que los invitasen.

—Cachéalo —dice Woodbine.

—Tú dame un motivo... —le advierte Santana a Michael.

—No he venido a hacerle daño a nadie —le recuerda Michael, y se somete a la búsqueda, rápida pero exhaustiva, que hace Santana para comprobar si va armado.

—Está limpio —le dice Santana a Woodbine—. Y no lleva identificación.

Michael, que se había quedado justo al lado de la puerta, avanza hacia la isla.

—Señor Harris, me quedaría más tranquilo si bajara el arma. Esos temblores suyos me están poniendo nervioso.

—Lo que te va a poner más nervioso —dice Harris— es una bala del cuarenta y cinco a quemarropa en la cara.

Woodbine le hace señas a Harris para que baje el arma.

—Esta conversación es entre tú y yo —le dice a Michael.

—Me parece lo mejor.

—¿Quién eres?

—Ya lo he dicho.